

Yo el supremo Dictador de la Repub^{ca}.

Ordeno & al acaecer mi muerte mi cadáver sea decapitado; la cabeza puesta en una pica por tres días en la Plaza de la República donde se convocará al pueblo al son de las campanas echadas a vuelo.

Todos mis servidores civiles y militares sufrirán pena de horca. Sus cadáveres serán enterrados en potreros de extramuros sin cruz ni marca & memorie sus nombres.

Al término del dicho plazo, mando & mis restos sean quemados y las cenizas arrojadas al río...

¿Dónde encontraron eso? Clavado en la puerta de la catedral, Excelencia. Una partida de granaderos lo descubrió esta madrugada y lo retiró llevándolo a la comandancia. Felizmente nadie alcanzó a leerlo. No te he preguntado eso ni es cosa que importe. Tiene razón Usía, la tinta de los pasquines se vuelve agria más pronto que la leche. Tampoco es hoja de Gaceta porteña ni arrancada de libros, señor. ¡Qué libros va a haber aquí fuera de los míos! Hace mucho tiempo que los aristócratas de las veinte familias han convertido los suyos en naipes. Allonar las casas de los antipatriotas. Los calabozos, ahí en los calabozos, vichea en los calabozos. Entre esas ratas uñudas greñudas puede hallarse

el culpable. Apriételes los refalsos¹ a esos falsarios. Sobre todo a Peña y a Molas. Tráeme las cartas en las que Molas me rinde pleitesía durante el Primer Consulado, luego durante la Primera Dictadura. Quiero releer el discurso que pronunció en la Asamblea del año 14 reclamando mi elección de Dictador. Muy distinta es su letra en la minuta del discurso, en las instrucciones a los diputados, en la denuncia en que años más tarde acusará a un hermano por robarle ganado de su estancia de Altos. Puedo repetir lo que dicen esos papeles, Excelencia. No te he pedido que me vengas a recitar los millares de expedientes, autos, providencias del archivo. Te he ordenado simplemente que me traigas el legajo de Mariano Antonio Molas. Tráeme también los panfletos de Manuel Pedro de Peña. ¡Sicofantes rencillosos! Se jactan de haber sido el verbo de la Independencia. ¡Ratas! Nunca la entendieron. Se creen dueños de sus palabras en los calabozos. No saben más que chillar. No han enmudecido todavía. Siempre encuentran nuevas formas de secretar su maldito veneno. Sacan panfletos, pasquines; libelos, caricaturas. Soy una figura indispensable para la maldicencia. Por mí, pueden fabricar su papel con trapos consagrados. Escribirlo, imprimirlo con letras consagradas sobre una prensa consagrada. ¡Impriman sus pasquines en el Monte Sinaí, si se les frunce la realísima gana, folicuarios letrinarios!

Hum. Ah. Oraciones fúnebres, panfletos condenándome a la hoguera. Bah. Ahora se atreven a parodiar mis Decretos Supremos. Remedan mi lenguaje, mi letra, buscando infiltrarse a través de él; llegar hasta mí desde sus madrigueras. Taparme la boca con la voz que los fulminó. Recubrirme en palabra, en figura. Viejo truco de los hechiceros de las tribus. Refuerza la vigilancia de los que se alucinan con poder suplantarme después de muerto. ¿Dónde está el legajo de los anónimos? Ahí lo tiene, Excelencia, bajo su mano.

No es del todo improbable que los dos tunantes escri-vanos² Molas y de la Peña hayan podido dictar esta mofa. La burla muestra el estilo de los dos infames faccionarios

¹ 'refalsos': ruedo de la falda, juego de palabras con «falsarios».

² 'escri-vanos': escribano/vano, el que escribe cosas vanas.

porteñistas. Si son ellos, inmolo a Molas, despeño a Peña. Pudo uno de sus infames secuaces aprenderla de memoria. Escribirla un segundo. Un tercero va y pega el escarnio con cuatro chinches en la puerta de la catedral. Los propios guardianes, los pebres infieles. Razón que le sobra a Usía. Frente a lo que Vucencia dice, hasta la verdad parece mentira. No te pido que me adules, Patiño. Te ordeno que busques y descubras al autor del pasquín. Debes ser capaz, la ley es un agujero sin fondo, de encontrar un pelo en ese agujero. Escúlcales el alma a Peña y a Molas. Señor, no pueden. Están encerrados en la más total obscuridad desde hace años. ¿Y eso qué? Después del último Clamor³ que se le interceptó a Molas, Excelencia, mandé tapiar a cal y canto las claraboyas, las rendijas de las puertas, las fallas de tapias y techos. Sabes que continuamente los presos amaestran ratones para sus comunicaciones clandestinas. Hasta para conseguir comida. Acuérdate que así estuvieron robando los santafesinos las raciones de mis cuervos durante meses. También mandé taponar todos los agujeros y corredores de las hormigas, las alcantarillas de los grillos, los suspiros de las grietas. Obscuridad más oscura imposible, Señor. No tienen con qué escribir. ¿Olvidas la memoria, tú, memorioso patán? Puede que no dispongan de un cabo de lápiz, de un trozo de carbonilla. Pueden no tener luz ni aire. Tienen memoria. Memoria igual a la tuya. Memoria de cucaracha de archivo, trescientos millones de años más vieja que el homo sapiens. Memoria del pez, de la rana, del loro limpiándose siempre el pico del mismo lado. Lo cual no quiere decir que sean inteligentes. Todo lo contrario. ¿Puedes certificar de memorioso al gato escaldado que huye hasta del agua fría? No, sino que es un gato miedoso. La escaldadura le ha entrado en la memoria. La memoria no recuerda el miedo. Se ha transformado en miedo ella misma.

¿Sabes tú qué es la memoria? Estómago del alma⁴, dijo erróneamente alguien. Aunque en el nombrar las cosas nunca hay un primero. No hay más que infinidad de repetidores.

³ 'clamor': panfleto escrito por Mariano Antonio Molas, *Clamor de un paraguayo*.

⁴ 'Estómago del alma': expresión usada por San Agustín en *Las Confesiones*.

Sólo se inventan nuevos errores. Memoria de uno solo no sirve para nada.

Estómago del alma. ¡Vaya fineza! ¿Qué alma han de tener estos desalmados calumniadores? Estómagos cuádruples de bestias cuatropeas. Estómagos rumiantes. Es ahí donde fermenta la perfidia de esos sucesivos e incurables pícaros. Es ahí donde cocinan sus calderadas de infamias. ¿De qué memoria no han de necesitar para acordarse de tantas patrañas como han forjado con el único fin de difamarme, de calumniar al Gobierno? Memoria de masca-masca⁵. Memoria de ingiero-digiero⁶. Repetitiva. Desfigurativa. Mancillativa. Profetizaron convertir a este país en la nueva Atenas. Areópago de las ciencias, las letras, las artes de este Continente. Lo que buscaban en realidad bajo tales quimeras era entregar el Paraguay al mejor impostor. A punto de conseguirlo estuvieron los areopagitas. Los fui sacando de en medio. Los derroqué uno a uno. Los puse donde debían estar. ¡Areópagos a mí! ¡A la cárcel, collones!

Al reo Manuel Pedro de Peña, papagayo mayor del patriado, lo desblasoné. Descolguélo de su heráldica percha. Lo enjaulé en un calabozo. Aprendió allí a recitar sin equivocarse desde la A a la Z los cien mil vocablos del diccionario de la Real Academia. De este modo ejercita su memoria en el cementerio de las palabras. No se le vayan a herrumbrar los esmaltes, los metales de su diapasón palabrero. El doctor Mariano Antonio Molas, el abogado Molas, vamos, el escriba Molas, recita sin descanso, hasta en sueños, trozos de una descripción de lo que él llama la Antigua Provincia del Paraguay⁷. Para estos últimos areopagitas sobrevivientes, la Patria continúa siendo la antigua provincia. No mentan, aunque sea por decoro de sus lenguas colonizadas, a la Provincia Gigante de las Indias, al fin de cuentas, abuela, madre, tía, parienta pobre del virreinato del Río de la Plata enriquecido a su costa.

Aquí usan y abusan de su rumiante memoria no solamente los patricios y areopagitas vernáculos. También los marsu-

⁵ 'masca-masca': la memoria se compara con la masticación lenta y repetida de un rumiante.

⁶ 'ingiero-digiero': los rumiantes ingieren y digieren varias veces la misma comida.

⁷ Obra de M. A. Molas, *Descripción de la antigua provincia del Paraguay*, Buenos Aires, 1868.

piales extranjeros que robaron al país y embolsaron en el estómago de su alma el recuerdo de sus ladronicidios. Ahí está el francés Pedro Martell. Después de veinte años de calabozo y otros tantos de locura sigue temando⁸ con su cajón de onzas de oro. Todas las noches saca furtivamente el cofre del hoyo que ha cavado con las uñas bajo su hamaca; recuenta una por una las relucientes monedas; las prueba con las desdentadas encías; las vuelve a meter en su caja fuerte y la entierra otra vez en el hoyo. Se tumba en la hamaca y duerme feliz sobre su imaginario tesoro. ¿Quién podría sentirse más protegido que él? Del mismo modo vivió en los sótanos por muchos años otro francés, Charles Andreu-Legard⁹, ex prisionero de la Bastilla, rumiando sus recuerdos en mi bastilla republicana. ¿Puede decirse acaso que estos didelfos saben qué cosa es la memoria? Ni tú ni ellos lo saben. Los que lo saben no tienen memoria. Los memoriones son casi siempre antidotados imbéciles. A más de malvados embaucadores. O algo peor todavía. Emplean su memoria en el daño ajeno, mas no saben hacerlo ni siquiera en el propio bien. No pueden compararse con el gato escaldado. Memoria del loro, de la vaca, del burro. No la memoria sentido, memoria-juicio dueña de una robusta imaginación capaz de engendrar por sí misma los acontecimientos. Los hechos sucedidos cambian continuamente. El hombre de buena memoria no recuerda nada porque no olvida nada.

A mi presunta hermana Petrona Regalada se le infestó de garrapatas la vaca que se le permite tener en el patio de su casa. Le mandé que la tratara del modo como se combaten ese y otros males en las estancias patrias: Perdiendo el ganado. Tengo una sola vaca, Señor, y no es mía sino de mi escuelita de catecismo. Da justo el vaso de leche para los veinte chicos que vienen a la doctrina. Se quedará, señora, sin la vaca y sus alumnos no podrán beber ni siquiera la leche del Espíritu Santo, que usted les ordeña mientras baña sus velas. Se quedará sin vaca, sin catecúmenos, sin catequesis. La garrapata no sólo se comerá la vaca. Los comerá a ustedes. Invadirá la ciudad, que ya tiene bastante con su

⁸ 'Temando', de temar: porfiar, insistir.

⁹ Charles Andreu-Legard: personaje inventado, representa la memoria viva de la Revolución francesa.

(En el cuaderno privado *)

Mi amanuense medio miliunanochoero ha puesto a calentar su azogue. Busca por todos los medios hacerme perder el tiempo, desviar la atención que me ocupa en lo principal. Ahora sale con la gracia de una extraña historia de esa gente en castigo que ha migrado a alguna parte desconocida permaneciendo en el mismo sitio bajo otra forma. Transformada en gente desconocida que ha formado allí su ausencia. Animales. Cantos rodados. Figuras de piedra. Lo que llaman endriagos. Patiño todo lo imita. Me ha visto practicar a mí la transmutación del azogue. Materia la más pesada del mundo, se vuelve más liviana que el humo. Luego al topar la región fría al punto se cuaja y torna a caer en ese licor incorruptible que todo lo penetra y corrompe. Sudor eterno lo llamó Plinio³¹, pues apenas hay cosa que lo pueda gastar. Peligrosa conversación con criatura tan atrevida y mortal. Bulle, se dispersa en mil gotillas, y por menudas que sean

* Libro de comercio de tamaño descomunal, de los que usó *El Supremo* desde el comienzo de su gobierno para asentar de puño y letra, hasta el último real, las cuentas de tesorería. En los archivos se encontraron más de un centenar de estos Libros Mayores de mil folios cada uno. En el último de ellos, apenas empezado a usar en los asientos de cuentas reales, aparecieron otros irreales y crípticos. Sólo mucho después se descubrió que, hacia el final de su vida, *El Supremo* había asentado en estos folios, inconexamente, incoherentemente, hechos, ideas, reflexiones, menudas y casi maniáticas observaciones sobre los más distintos temas y asuntos; los que a su juicio eran positivos en la columna del Haber; los negativos, en la columna del Debe. De este modo, palabras, frases, párrafos, fragmentos, se desdobl原因, continúan, se repiten o invierten en ambas columnas en procura de un imaginario balance. Recuerdan en cierta forma, las notaciones de una partitura polifónica. Sabido es que *El Supremo* era buen músico; al menos excelente vihuelista, y que tenía veleidades de compositor.

El incendio originado en sus habitaciones, unos días antes de su muerte, destruyó en gran parte el Libro de Comercio, junto con otros legajos y papeles que él acostumbraba guardar en las arcas bajo siete llaves. (N. del Compilador.)

³¹ Plinio el Mayor (23-79), escritor latino, autor de la famosa *Historia Natural*, lectura predilecta de *El Supremo*.

no se pierde una sino que todas se vuelven a juntar. Siendo el azogue el elemento que aparta el oro del cobre es también el que dora los metales, medianero de esta junta. ¿No se parece a la imaginación, maestra del error y la falsedad? Tanto más embustera cuanto no lo es siempre. Porque sería regla infalible de verdad si fuera infalible de mentira.

Acaso el fide-indigno³² sólo miente a medias. No alcanza a fundir el azogue de los espejos. Carece del olvido suficiente para formar una leyenda. El exceso de memoria le hace ignorar el sentido de los hechos. Memoria de verdugo, de traidor, de perjurio. Separados de su pueblo por accidente o por vocación, descubren que deben vivir en un mundo hecho de elementos ajenos a ellos mismos con los cuales creen confundirse. Se creen seres providenciales de un populacho imaginario. Ayudados por el azar, a veces se entronizan en la idiotez de ese populacho volviéndolo aún más imaginario. Migrantes secretos están y no están donde parecen estar. Le cuesta a Patiño subir la cuesta del contar y escribir a la vez; oír el sonido de lo que escribe; trazar el signo de lo que escucha. Acordar la palabra con el sonido del pensamiento que nunca es un murmullo solitario por más íntimo que sea; menos aún si es la palabra, el pensamiento del dictare. Si el hombre común nunca habla consigo mismo, el Supremo Dictador habla siempre a los demás. Dirige su voz delante de sí para ser oído, escuchado, obedecido. Aunque parezca callado, silencioso, mudo, su silencio es de mando. Lo que significa que en *El Supremo* por lo menos hay dos. El Yo puede desdoblarse en un tercero activo que juzgue adecuadamente nuestra responsabilidad en relación al acto sobre el cual debemos decidir. En mis tiempos era un buen ventrílocuo. Ahora ni siquiera puedo imitar mi voz. El fide-indigno, peor. No ha aprendido aún su oficio. Tendré que enseñarle a escribir.

¿De qué hablabas, Patiño? De la gente del pueblo del Tevegó, Señor. Cuesta mucho ver que los bultos no son piedra sino gente. Esos vagos, malentretidos, conspiradores, prostitutas, migrantes, transfugas de todo pelo y marca, que en otro tiempo Su Excelencia destinó a aquel lugar, ya no

³² 'fide-indigno': por oposición a «fidedigno», calificativo que *El Supremo* atribuye frecuentemente a su secretario.

son más gente tampoco, si uno ha de desconfiar de lo que ve. Bultos nomás. No se mueven, Señor; al menos no se mueven con movimiento de gente, y si por un casual me equivoco, su movimiento ha de ser más lento que el de la tortuga. Un decir, Excelencia: De aquí donde yo estoy sentado hasta la mesa donde Su Señoría tiene la santa paciencia de escucharme, por ejemplo, un bulto de ese tortugal de gente tardaría la vejez de un hombre en llegar, si es que mucho se apura y llega. Porque esos bultos al fin y al cabo no viven como cristianos. Deben tener otra clase de vivimiento. Gatean parados en el mismo lugar. Se ve que no pueden levantar las manos, el espinazo, la cabeza. Han echado raíces en el suelo.

Como le decía, Excelencia, toda esa gente sembrada así al barrer en el campo. Ningún ruido. Ni el viento se oye. No hay ruido ni viento. Grito de hombre o mujer, lloro de criatura, ladrido de perro, la menor señal. Para mí, esa gente no entiende nada de lo que le pasa, y en verdad que no le pasa nada. Nada más que estar ahí sin vivir ni morir, sin esperar nada, hundiéndose cada vez un poco más en la tierra pelada. Frente a nosotros un chircal³³ que antes debió ser un montecito usado como excusado, lleno de marlos³⁴ de maíz que usted sabe, Señor, para qué usan nuestros campesinos cuando van al común. Único que las manchas en esos marlos brillaban con el brillo dorado de las chafalonías.

Esta gente no está muerta; esta gente come, dijo el comisionado Tikú Alarcón. Eso era antes, dijo el baqueano. No vimos ningún maizal cerca. Desperdicios, eso sí, a montones. Trapos secos, muchas cruces entre los yuyales³⁵ también secos. Ningún pájaro, ningún loro maicero, ninguna tortolita. Un taguató se largó desde arriba contra el aire duro que techaba el pueblo. Rebotó como contra una plancha y se alejó dando vueltas de borracho, hasta que al fin cayó cerca de nuestro grupo. Tenía la cabeza partida y los burujones de espuma salían hirviendo por el agujero.

Vamos a vichear³⁶ más, dijo Tikú Alarcón. Los soldados

³³ 'chircal': terreno poblado de «chircas», arbustos de madera dura.

³⁴ 'marlos': mazorca de maíz sin el grano.

³⁵ 'yuyales': terreno cubierto de «yuyos» o yerbajos.

³⁶ 'vichear': observar.

se largaron de los caballos a recoger los miérdalos³⁷ dorados. Los cargaron en sus mochilas por si fueran nomás marlos de oro. Todo puede suceder, dijo uno. Pegamos la vuelta alrededor. Desde todas partes se veía lo mismo. Los bultos mirándonos lejos; nosotros los veíamos a ellos medio borrados por la humazón. Un decir, ellos desde un tiempo de antes; nosotros desde el tiempo de ahora sin saber si nos veían. Uno sabe cuándo su mirada se cruza con la de otro, ¿no Excelencia? Bueno, con esta gente, ni noticia, ni la menor señal para saber o no saber.

Hacia el mediodía ya teníamos los ojos secos de tanto mirar; sancochados³⁸ por la luz del sol rebotando contra la sombra que estaba detrás. Medio muertos de sed porque en varias leguas a la redonda todos los ríos y arroyos estaban sin agua desde hacía muchísimo tiempo. Eso también se notaba. El pueblo iba oscureciendo como si adentro ya estuviera creciendo la noche, y era solamente que la sombra se volvía más espesa.

Hay que tener paciencia, dijo el baqueano. Sabiendo esperar, alguien ha visto allá hasta una función patronal de los negros el día de los Tres Reyes. También la vio mi abuelo Raymundo Alcaraz, pero él estuvo aquí vicheando como tres meses. Contaba que hasta alcanzó a ver un ataque de indios mbayás, cuando andaban maloqueando por estos lados con los portugueses. Para ver hay que tener paciencia. Hay que mirar y esperar meses, años, si no más. Hay que esperar para ver.

Yo voy a vichear adentro, dijo el comisionado, bajando del caballo. Para mí que esos hijos-del-diablo no son, sino que se hacen. Escupió y entró. Al cruzar la línea entre el verde y lo seco no lo vimos más. Entró y salió. Para mí que entró y salió. Para los otros también. Un decir, yendo-viniendo. Ni el gargajo que escarró se había secado cuando volvió. Pero volvió hecho un anciano, agachado hacia el suelo, a punto de gatear él también. Buscando el habla perdida, dijo el baqueano.

Tikú Alarcón, el comisionado Francisco Alarcón, hombre joven entró y salió hombre viejo de unos ochenta años por

³⁷ 'miérdalos': cruce de «mierda» y «marlos», mazorcas manchadas de mierda.

³⁸ 'sancochados': el «sancocho» es un guiso típico de América; la palabra usada aquí metafóricamente significa «cocidos».

lo menos; sin pelo, sin ropa, mudo, enchiquecido más que un enano, doblado por la mitad, colgándole el cuero lleno de arrugas, piel escamosa, uñas de lagarto. ¿Qué le pasó, don Tikú? No contestó, no pudo hacer la menor seña. Lo envolvimos en un poncho y lo alzamos atravesado sobre el caballo. Mientras los soldados lo ataban a la montura, eché una mirada al pueblo. Me pareció que los bultos bailaban en cuatro patas el baile de los negros de Laurelty³⁹ o de Campamento-Loma⁴⁰. Esto sí pudo ser un engaño de los ojos llenos de lágrimas. Regresamos como después de un entierro. El muerto venía vivo con nosotros.

Cuando llegamos a Kuruguaty, el comisionado entró gateando en su casa. Vinó todo el pueblo a ver el sucedido. Se mandó llamar al cura párroco de San Estanislao y excusador de los xexueños del Xexuí. Misa, procesión, rogativas, promesas. No hubo caso; nada podía remediar el daño. Probé el recurso de los guaykurúes: Pegué un tironazo a los cabellos de don Tikú. La cabellera me quedó en las manos más pesada que un pedazo de piedra. Un profundo olor a cosa enterrada.

Se mandó llamar a Artigas, que dicen que sabe curar con yuyos. El general de los orientales vino de su chacra⁴¹ trayendo una carretada de yuyos de todas clases. Escátulas de melecinas. Un pomo de Agua-de-ángeles de extremado olor, destilada de muchas flores diferentes como ser las de azar, jazmín y murta. Vio y trató al enfermo. Hizo por él todo lo que se sabe que sabe hacer el asilado oriental. No le pudo sacar una sola palabra, qué digo, Excelencia, un solo sonido de la boca. No le pudo meter una gota de melecina en la juntura de los labios hechos ya también piedra. Al comisionado lo subían a su catre. Sin saber cómo, ya estaba otra vez en el suelo en cuatro patas como los de allá. Se le fricciónó con seis estadales de cera negra. Don José Gervasio Artigas midió el espacio que va de los dedos de una mano a la otra, que es la misma distancia que hay de pies a cabeza. Pero encontró que la hilada correspondía a dos hombres diferentes. El ex Protector de los orientales movió la cabeza.

³⁹ 'Laurelty': lugar donde quedaron alojados los negros que llegaron al Paraguay con Artigas. A unos 30 kilómetros de Asunción.

⁴⁰ 'Campamento-Loma': otro lugar, cerca del anterior.

⁴¹ 'chacra': pequeña propiedad en el campo.

Este no es mi amigo don Francisco Alarcón, dijo. ¿Y entonces quién es?, preguntó el cura. No sé, dijo el general, y volvió a su chacra.

¡Cosa de malos espíritus!, se encocoró el cura xexueño. Hubo nuevas rogativas, procesiones. La cofradía sacó a la calle la imagen de San Isidro Labrador. Tikú Alarcón seguía envejeciendo en cuatro patas, cada vez más duro. Alguien quiso sangrarlo. La hoja del cuchillo se quebró al tocar la piel del viejo que también se iba poniendo cada vez más caliente que piedra de horno.

¡Hay que ir a quemar el Tevegó!, corrió la voz por el pueblo. ¡Allí vive el Malo! ¡Eso es el infierno! Bueno entonces, dijo mansamente Laureano Benítez, el Hermano Mayor de la cofradía, si este santo hombre pudo salir y volver del infierno, a mí me parece que hay que hacerle un nicho. Ya el comisionado no tenía ni el altor del Señor San Blas.

Al día siguiente, Tikú Alarcón se murió en la misma posición, más viejo que un lagarto. Hubo que enterrarlo en un cajón de criatura. ¡Ea basta ya, deslenguado palabrero! Hablas como los pasquines. Perdón, Excelencia, yo fui testigo de esta historia; traje la instrucción sumaria levantada por el juez de la Villa del Kuruguaty y el oficio del comandante Fernando Acosta, de la Villa Real de la Concepción. Cuando Vucencia regresó del Cuartel del Hospital rompió los papeles sin leerlos. Lo mismo sucedió, Señor, con el informe sobre la misteriosa piedra redonda encontrada en las excavaciones de los cerros de Yariguaá por el millar de presos políticos que Vucencia envió bajo custodia a trabajar en esas canteras. ¿Sucedieron ambos hechos al mismo tiempo? No, Excelencia. La piedra del cerro de Yariguaá o Silla-del-viento fue encontrada hace cuatro años, después de la gran cosecha del 36. Lo del Tevegó no hace un mes, poco antes de que Vucencia se desgraciara en el accidente. Yo ordené que se me remitiera copia fiel de todos los signos que están labrados en la piedra. Así se hizo, Excelencia, pero usted rompió la copia. ¡Porque estaba mal hecha, bribón! ¿O crees que no sé cómo son estas inscripciones rupestres? Envié instrucciones de cómo debía efectuarse la copia a escala del petroglifo. Medición de sus dimensiones. Orientación astronómica. Pedí muestras del material de la piedra. ¿Sabes lo que hubiera sido encontrar allí los vestigios de una civilización de miles de años? Envía de inmediato un oficio al co-

mandante de la región de Yariguáá ordenándole me remita la piedra. No costará más trabajo que haber traído el aerolito ochenta leguas del interior del Chaco. Me parece, Excelencia, que usaron la piedra de Silla-del-viento en la construcción del cuartel nuevo de la zona. ¡Que la saquen de allí! ¡Y si la quebraron en pedazos para armar los cimientos, Señor? ¡Que junten los pedazos! Voy a estudiarlos yo mismo al microscopio. Determinar la antigüedad, porque las piedras sí la tienen. Descifrar el jeroglífico. Soy el único que puede hacerlo en este país de cretinos sabihondos.

Otro oficio al comandante de Villa Real. Ordenarle que con los efectivos de línea a su mando proceda a dismantelar la colonia penitenciaria del Tevegó. Si resta algún sobreviviente enviarlo engrillado con segura custodia. ¿Qué acabas de farfullar? Nada, Excelencia, de particular. Sólo pienso que me parece va a ser más fácil traer la piedra con sus miles de años y sus miles de arrobas, que a esa gente del Tevegó.

Vamos a lo que nos importa por el momento. Recomencemos el ciclo. ¿Dónde está el pasquín? En su mano, Excelencia. No, secretante⁴² chupatintas. En el pórtico de la catedral. Clavado bajo cuatro chinches. Una partida de granaderos lo retira a punta de sable. Lo llevan a la comandancia. Te dan aviso. Cuando lo lees te quedas media res al aire viendo ya la hoguera encendida en la plaza, a punto de convertirnos en tizones. Con ojos de carnero degollado me traes el papel. Aquí está. No dice nada. No importa lo que diga. Lo que importa es lo que está detrás. El sentido del sentido.

Vas a ponerte a rastrear la letra del pasquín en todos los expedientes. Legajos de acuerdos, desacuerdos, contraacuerdos. Comunicaciones internacionales. Tratados. Notas reversales. Letras remisórias. Todas las facturas de los comerciantes portugueses-brasileros, orientales. El papelaje de sisa, diezmo, alcabala. Contribución fructuaria. Estando, vendaje, ramo de guerra. Registros de importación-exportación. Guías de embarques remitidos-recibidos. Correspondencia íntegra de los funcionarios, del más bajo al más alto rango. Cifrados

⁴² 'secretante': voz formada por el cruce de secretario/secreto/secretar. Más adelante saldrá también «ex-cretante».

de espías, vicheadores, agentes de los distintos servicios de inteligencia. Remitos de contrabandistas de armas. Todo. El más mísero pedazo de papel escrito.

¿Has entendido lo que te mando hacer? Sí, Excelencia: Debo buscar el molde de la letra del pasquín catedralicio, buscar su pelo y marca en todos los documentos del archivo. Al fin vas aprendiendo la manera de hablar sin andar bajo muchas nubes. No se te olvide tampoco revisar prolistamente⁴³ los nombres de los enemigos de la Patria, del Gobierno, fieles amigos de nuestros enemigos. Agarra al crapuloso intempestivo de los muchos aturridos que zumban por las calles del Paraguay, según clama en su Proclama mi patrioterío tío el fraile Bel-Asco. Caza al culcído. Achichárralo en su vela definitiva. Entiérralo en su propia hez. Haz lo que te ordeno. ¿Me has entendido? Pues manos a la obra. Bájate de la luna. Lúnico, Excelencia... ¿Qué pasa ahora? Que el trabajo me va a llevar cierto tiempo nomás. Hay unos cuantos veinte mil legajos en el archivo. Otros tantos en las secretarías de los juzgados, comisarías, delegaciones, comandancias, puestos fronterizos y demás. Fuera de los que están a la mano en trámite de despacho. Unas quinientas mil fojas poco más o menos en total, Señor. Sin contar las que se te han perdido por tu incuria, maestro del desorden, de la dejadez, del abandono. No has perdido las manos, sólo porque te hacen falta para comer. Yo siendo que pueda, Excelencia, un decir con todo respeto, mi voluntad no se enfía en el servicio, y si Su Merced me ordena, encuentro el pelo en un agujero sin fondo, cuantimás a estos malhechores de la letra escrita del rumor. Siempre dices lo mismo pero no has acabado con ellos. Se pierden los expedientes; los pasquíneros son cada vez más numerosos. De los expedientes, me permito recordar a Vucencia, sólo falta el proceso del año 20, presuntamente robado por el reo José María Pilar, su paje a mano, quien por mandato de la inexorable justicia de Su Excelencia ya tuvo su merecido. Si no por ese delito que no se le pudo probar, por otros no menos graves que lo llevaron bajo el naranjo. Los demás legajos están todos. Yo diría a Vucencia, con su venia, que hasta sobran de tantos que son. ¡Sólo tus patas en remojo pueden evaporar semejante idiotez! Esos documentos, aun los más insignificantes a tu desjuicio, tienen su importancia. Son sagrados puesto que

⁴³ 'prolistamente': cruce de prolijamente/listo.

prolije